

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR.—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofré (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schroeder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „
Números sueltos, \$ 0-25. „

2^a EPOCA.

NUM. 3.

San José, 30 de Julio de 1890.

Redacción y Admón.

En la Oficina de "La Prensa Libre."

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

SUMARIO.

CELEBRIDAD FORZADA, por Ramón M. Quesada.—
¡QUIEN SABE!, por J. F. F.—EL FUEGO, por C. Gagini.—
EL DÍA DE ENTRADA, por Benjamín de Céspedes.—
DESEOS, por Salvador Días Mirón.—RISAS Y LLANTO,
por Sirio.—LUNARES DE CARAMELO, por A. de la E.
Delgado.—EL ALMA EN PENA, por Eugenio de Olavarría
y Huarte.—A. ROSALBA, por Julio N. Galofre.—CARLOS
CASTRO.—ANUNCIOS.

CELEBRIDAD FORZADA.

A Pío Viquez.

Por medio de unos enormes zapatos viejos, remendados y erizados de gruesos clavos y tachuelas, la autoridad descubrió un crimen oculto.

Cierto asesino había dado muerte en des poblado á un viajero inglés para robarle cuanto llevaba, y al enterrarlo le quitó también los zapatos que calzaba. Hé ahí el crimen.—Cómo fué que se averiguó al cabo de dos años tan horrible suceso, y cómo el asesino, bajo el disfraz de misionero, fué reconocido y condenado al patíbulo, no hay para que decirlo. Desde que Edgardo Poe, nos ha referido cómo se cogieron todos los hilos del doble asesinato de la calle de Morgue, no debe ponerse en duda la perspicacia de un buen Fiscal, y por tanto me creo exento de satisfacer á este respecto la curiosidad del lector.

A la mesa del tribunal fueron llevados los infernales zapatos, los mismos que el pueblo sencillo y sin malicia había besado tantas veces, lleno de fe, á los pies del misionero. La duda, el encono, el horror, y más que todo, el fanatismo desbordado, atrajeron al juzgado centenares de visitantes, y allí saltaban y se chocaban

libremente opiniones contrapuestas: quiénes llamaban santo mártir al ajusticiado y quiénes le apellidaban farsante y malhechor, quiénes murmuraban de la heregía del Juez y quiénes aplaudían la severidad de éste. La efervescencia subió de punto, y á todas horas y en todas partes no se trataba más que de los nauseabundos zapatos: defecto de toda sociedad que vegeta entre chismes y hablaturías. Por fin, el Juez, indignado de las insustanciales disputas que se armaban en su presencia, con los dedos crispados por el enojo, quitó de sobre la mesa el objeto de tanta reyerta y exclamó: "hijos de una cabra! lejos de aquí demonios," y tiró al basurero del patio las prendas del religioso.

Más dichoso que muchas almas atribuladas que esperaban con impaciencia la ocasión de recoger las reliquias del mártir, un perro extenuado y contrahecho, que por cierto nunca habría probado jamones, salchichas ni pavos trufados, olfateó, se entró por un caño con la mayor confianza, registró y tornó á salir con una presa entre dientes. El hambre no respeta nada, y si es hambre canina, menos. El animal se fué á dar soberano é increíble atracón de sobresuelas, contrafuertes y remiendos detrás de la sacristía de una iglesia, á pesar de los vapuleos, pescozones y cogotazos que le prodigaban los transeuntes.

Un ricacho inglés, que había sabido tantos pormenores, entregó en secreto al portero del Juzgado, una moneda de oro, por el único zapato que quedaba en el basurero, y se lo llevó á su casa con la mayor flemma y gravedad del mundo.

Pronto se divulgó entre las personas devotas, la profanación del atrevido can, y el pueblo en masa se dirigió á pedir que se ahorcara el delincuente, como si hubiese sido hidrofobia y no hambre, el móvil del sacrilegio perpetrado.

Y oh coincidencias de esta vida! cuando la humanidad sedienta de sangre pedía la muerte del perro, ya la naturaleza se había anticipado á ejecutar la orden. Al llegar el grupo á una plazuela, descendían de lo alto en remolinos, legiones de aves hambrientas y enlutadas: los convidados al festín. Era de verse el afán con que los unos avivaban el ojo, afilaban el pico y alisaban las plumas, mientras otros comensales sin etiquetas ni ceremonias se lanzaban bruscamente sobre el banquete. Aquello era un escándalo de graznidos, por arrebatarse la mejor parte. Las plumas desprendidas de las alas, saltaban en desorden, y aquí había picotazos y por allá insultos, hasta que en medio del alboroto y cuando menos se esperaba tomaron espacio y se remontaron por los aires algunos individuos maleriados, luchando tenazmente por un pedazo de intestino y diciéndose descaradamente improprios y desvergüenzas. Por fin, el vencedor se vino al suelo, ahogándose y sin poder engullir el botín que había conquistado en lid sangrienta. Imposible! era una bolsa de clavos, tachuelas, contrafuertes y remiendos. Y mientras tanto los espectadores batían palmas admirados de la justicia divina y de los milagros del mártir.

Años después de lo referido, el público ávido de observar las valiosas colecciones de un anticuario y naturalista, se estrujaba á la entrada de una mediana pero bien dispuesta galería.

La idea de que la cultura moderna tributa merecida veneración tanto á aquellos objetos de que el genio se ha valido para iluminar al mundo, como á los que se han destinado en la marcha del progreso á los usos más humildes, influyó poderosamente para que todas las clases sociales, sin distinción ninguna, visitasen el diminuto museo.

Quien desee saber á fondo lo que es demo-

eracia, imagínese la azada de un labrador, al lado de un violín apolillado, que imitó el ruido de los diamantes al caer en una vandeja de oro, el zumbido de las avejas en la floresta, todos los sonidos de la naturaleza y todos los lamentos del espíritu. Figúrese el peinetón de carey de una dama vetusta, en estrecho consorcio con la pluma que expresó altísimas concepciones, y sirvió para firmar páginas de redención ó de cruel exterminio. Haga abstracciones y coloque sobre la paleta de ébano en donde se confundieron antes de inmortalizarse en lienzos sublimes, todas las gradaciones del iris, toda la luz de las piedras, que los gnomos pulen en las entrañas de la tierra, todos los matices del bosque y los reflejos del cielo, la pipa negra y resinosa de un marino. ¡No hay democracia como la de los museos!

¡Gloria á Sutton, Bárnun y Secretán, que han derrochado todo el oro de sus arcas, por prestar á la ciencia en un conjunto de cosas célebres, la síntesis más completa de la democracia!

A la entrada de la galería, críticos en flor que no pasarían de siete años, alborotaban terriblemente. El uno daba la preferencia al jaguar de ojos saltados, jadeante y con la zarpa dispuesta á estrangular un grupo de inofensivos conejos, monos grotescos y sabandijas entrometidas, que ocupaban la primera urna, especie de arca de Noé, en miniatura. El otro se entusiasmaba al ver prendidos con alfileres de cobre, en un pequeño escaparate, insectos multicolores, escarabajos de coselete dorado, legiones de mariposas de alas afiligranadas. Qué conjunto tan irisado! un crepúsculo en ciernes! Mientras tanto las hermanas y primitas de tales críticos, se hacían ojos admirando el reino alado, cuyos representantes se erguían con orgullo sobre ramas de naranjo barnizadas. El quetzal. oh! el ave que habría rivalizado con el soberbio pavo de Juno; el soñoliento buho, entregado á fúnebres meditaciones, como si acabase de recorrer grutas sombrías y silenciosos cementerios; el colibrí con su alesna de azabache, y con las alas de esmeralda abiertas, como para abandonar la prisión; y más allá la torcaz melancólica frente á frente de la esbelta garza que vestía túnica de novia y medias de luto y parecía darse al reposo como si tuviese el buche repleto de ranas y culebrillas menudas. ¡Cuánta cosa, tentadora para la inocente riñez! Y sin embargo, allí todo era buches y vientres rellenos de paja, cerebros de algodón y arcénico, esqueletos de alambre, corazones de estopa y ojos de vidrio. ¡Mundo viviente de museos, precioso remedo de nuestro mundo social!

Cuatro hombres graves y con las gafas caladas examinaban atentamente una urna de cristal, que contenía colecciones numismáticas, tejuelos de oro, langostas de plata, é infinidad de amuletos indígenas. ¡Cuánto seduce el brillo de los metales! Dichos hombres ni siquiera ponían atención al alboroto de otro grupo en que lucían zapatos cubiertos de argamasa y manos callosas. Allí se discutía en frente de un hacinamiento de objetos de agricultura é ídolos de arcilla y granito.

En el testero de la galería la concurrencia era mayor. Trozos cilíndricos de madera, con la corteza rústica y cara brillante, cortada al soslayo, al reflejar la luz del Este, que entraba por un ventanillo, imitaban el oro que hierve en el crisol, manchas de sangre y brochazos de be-

tún de Judea, sobre un fondo de antimonio, espirales de sepia y remolinos de yemas de huevo en campos de crema y cobalto. Tantas ilusiones, tanto exámen minucioso y tan agradable estado en aquel recinto, desaparecieron rápidamente. De un gabinete pequeño salieron unas espirituales criaturas, y traviesas y revolucionarias, muchas gentes que no habían parado mientes ni en la fiera de nuestras selvas, ni en los coleópteros de nuestros jardines, ni en nada de lo que observaban los demás visitantes, habían invadido el tal gabinete y allí en perfecto silencio, con recogimiento grande, y en un éxtasis arrobador como si tuviesen por delante las vírgenes de Sanzio, ó mundos de cristal, clavaban las miradas en un despreciable zapato viejo, que tenía la punta doblada hacia arriba como cuerno de gamuza. Bastó que una voz meliflua, y burlona dijese: *un pedacito pera reliquia*, para que se armase la *de Dios es Cristo* y reviviesen los conatos de *sacrilegios, profanaciones y herejías*. Hé ahí el motín.

Después nada quedó en su lugar. Los inofensivos conejos del jaguar amenazador; las mariposas reducidas á polvo; las aves pisoteadas y desplumadas sin compasión; los tejuelos de oro en el bolsillo de los cacos, y los trozos de madera, rodando por el suelo, como dioses derribados de sus altares, si se permite la mitología á quien escribe en este siglo realista.

¡Ah, si la causa de tanto desconcierto, hubiese sido siquiera la babucha de una sultana, guarnecida de oro y pedrería!

¡Pero un zapato horrible, capaz de hacer sombra á las más descomunales galochas de un gitano?

Si tratásemos de parodiar al Marqués de Valdegamas diríamos: "nada quedó firme, sino la *prenda del misionero*."

¡Quién dijo que no podían hacer revoluciones ni conquistar la inmortalidad, sino el cincel de Fidias, la lira de Homero, el pincel de Ticiano, la espada del hijo de Filipo?

Ahí está el zapato del malhechor, diciendo cómo es que la basura, puede conmover al mundo y escalar los peldaños de la celebridad.

R. M. QUESADA.

Tonadillas,

III.

¡Quién sabe!

Próspero viaje augurando
al ver el buque partir,
nos quedamos esperando
los que le vimos surcando
las aguas del porvenir;
en la lona el fresco viento
con las drizas jugueteaba,
y manso el mar dormitaba
de la nave á sotavento. . . .
¡Llegará á puerto la nave?
¡quién sabe!

Dicen que es bravo piloto
el que hace la maniobra;
y aunque derrotero ignoto
lleva hacia un puerto remoto,
dicen que valor le sobra

para hacer el derrotero,
sin temer ningún desastre,
pues lleva su buque en lastre,
y siendo tan buen velero
no hay que temer nada grave. . . .

¡quién sabe!

Con rara tripulación
dicen que el bajel ha armado,
y en llegando la ocasión,
aunque es muy bueno el timón,
talvez se encuentre encallado
en un bajo peligroso,
ó dando en algún rifero,
quizá se estrelle el velero
en estrecho proceloso,
y allí su carrera acabe. . . .

¡quién sabe!

Si hace á un grumete vigía,
y contramaestre á un voga,
y de los tales se fia,
no será extraño que un día
del escandallo la sogá
le indique tan poco fondo
que maniobrar ya no pueda,
ni ya el gobernalle ceda
para virar por redondo,
y se embarranque la nave. . . .

¡quién sabe!

¿Y no da pena mirar
que con nave tan velera
y con tan plácida mar
se pretenda al paio estar,
y no se eche mar afuera
por temor del oleaje. . . .
¡fuera miedo! á toda vela,
veréis como el buque vuela
rápido como un celaje. . . .
¿y si hay quien su marcha entrase?

¡quién sabe!

No temáis la ola airada,
que más peligros ofrece
el agua mansa, estancada,
dentro de la estrecha rada
en que hoy la nave se mece
sin atreverse á zarpar:
costeando de bolina,
á donde Dios la destina
¿podrá algún día llegar
á salvamento la nave?

¡quién sabe!

¡Oh! piloto, á barlovento
haz virar sin dilación,
y no le temas al viento;
alija del cargamento,
lastre ó flete una porción
que la marcha te entorpece
y singla al puerto derecho,
y así un buen viaje habrás hecho,
que recompensa merece.
¿habrá si no quien te alabe?

¡quién sabe!

Adularáte al combéz
el que á la costa se aferra;
alguno que entorno ves,
que desea que le des
paga sin salir de tierra,
que ante el peligro trepida
y no sabe que en la historia
se llama la vida gloria

para quien no amó la vida....
conque ¿zarpará la nave?....
¡quien sabe!

23 de Agosto de 1882.

F.

EL FUEGO.

(A MI AMIGO MARIO.)

NO vayas á imaginar, querido Mario, que el objeto de este malzurcido artículo es poner tachas al que, con el mismo nombre, publicaste en el número primero de este periódico: demás que el crítico más pelillero no hallaría donde hincar el diente á tu precioso trabajo, yo nunca he pretendido convertirme en aristarco de nadie, ni gusto de enzarzarme en polémicas con quien de fijo puede apagar los fuegos de mis pobres baterías á los primeros disparos.

Libreme Dios de jugar con fuego.

Pero tú; fuego de Cristo! has tocado un asunto de tan notoria importancia, que no puedo menos de coger la pluma para darte mi enhorabuena. Prescindiendo de la ejecución, tu artículo tiene el mérito de ser una reivindicación justísima.

La humanidad es desagradecida con sus benefactores; vivos los desprecia ó los persigue; muertos los premia con una gloria efímera que se desvanece brevemente como fuego fatuo.

Mientras Pitágoras, Tales, Arquímedes y los millares de sabios cuyas investigaciones han contribuído á alimentar el fuego sagrado de la ciencia, yacen arrumbados en los desvanes de la memoria humana como trastos inservibles, Alejandro, César, Napoleón y todos los grandes salteadores de naciones, todos los que á sangre y fuego han assolado la tierra, son ídolos ante quienes se postra llena de admiración y de entusiasmo la estúpida posteridad.

Entre los bienhechores de los pueblos ¿cuál es acreedor á nuestra gratitud por más títulos que el fuego?

El progreso nació cuando la primera chispa prendió en la tierra.

El fuego fué para las sociedades primitivas instrumento, arma, abrigo: para las sociedades modernas es la vida.

Suprimamos el fuego, y quedarían despobladas las regiones boreales y australes del globo; se acabarían los vapores, ferrocarriles y máquinas industriales; se arruinarían las fábricas de velas, las de fósforos, las herrerías, alfarerías; no tendríamos vasos de vidrio ni tazas de porcelana; los carpinteros no tendrían cola, es decir, no podrían prepararla: Costa Rica se vería en la miseria, por que su café sin fuego es producto inútil; el Gobierno no po-

dría ya beneficiar el monopolio de tabacos; quebrarían Mangel, Sacripanti y Vigne; en fin, lloverían sobre el mundo tales calamidades si no hubiera fuego, que el género humano no escaparía quizás de la catástrofe, ó caso de quedar con vida, se hallaría en la necesidad de habitar en los bosques, vistiéndose con hojas de higuera ó taparrabos de *mastate* y alimentándose con guayabas y plátanos maduros. Por estas consideraciones y otras semejantes que á cualquiera se le ocurren, he dicho y repito que el fuego es el primer bienhechor de la humanidad. Bien es verdad que hay fuegos cuyos beneficios son muy discutibles, como el fuego graneado, el fuego oblicuo, el cerrado, el de fila, los fuegos cruzados, el fuego griego, el que reduce á pavésas las ciudades, el ¡fuego! que oye la víctima sentada en el banquito; también es cierto que hay otros no menos peligrosos aunque se hallan en estado latente, verbigracia: el de unos ojos risoteros aposentados en una carita sonrosada de quince años; el fuego que inadvertidamente se pone cerca de la estopa, por que llega el diablo y sopla; el que arde en los corazones juveniles cuando se aproximan á sus imanes. Podrá alegárseme además, que hay otros inútiles de puro inofensivos, por ejemplo, el fuego de Santelmo, (1) los fuegos artificiales, el que gastan ciertos oradores sin voz ni elocuencia; pero todas las excepciones antedichas, sólo prueban que en el mundo no hay cosa sin su correspondiente *pero* y aun *peros*.

El fuego, aunque á las veces sea autor de barrabasadas que no tienen perdón de Dios, merece por muchos conceptos nuestro eterno agradecimiento. Muchos pueblos le han considerado como una divinidad, y me recelo que si el mundo no creyera en un Sér Supremo inmaterial, adoraría al fuego. No es mi ánimo, amigo Mario, referirte aquí la historia del fuego en las diversas naciones antiguas y modernas: en primer lugar, porque no la sé; en segundo lugar..... por la misma razón. Quédese tan magna empresa para los escudriñadores de antiguallas, que á mí no me gusta averiguar la vida y milagros de nadie, ni levantar un fuego por si digo ó no digo, si tal ó cual, si negro ó blanco. Tengo por seguro que cuando se escriba la historia del fuego la humanidad á coro entonará un canto épico en su honor; y tú, querido Mario, serás citado en las generaciones venideras por haberle sacado del olvido en que le tiene hoy el mundo.

Solamente se te podrá echar en cara el haber dado ocasión con tu bien pergeñado artículo á que saliese á luz el pre-

(1)—La Academia escribe, *San Telmo*, pero no hay santo de ese nombre, *Santelmo* ó *Sant-Elmo* es corrupción de *San Erasmo*.

sente adefesio: no te acordaste del refrán, *donde fuego se hace, humo sale*, y encendiste un *fuego* luminoso que produjo el humarazo negro de estos renglones.

*Tu lo quisiste
fraile mostén*

Te los dedico porque son hijos del fuego que encendiste; pero no enciendas otro, por Dios, pues el público asfixiado por mis humaredas se verá obligado á gritarnos como los oficiales instructores de la Plaza de Armas. ¡Alto el fuego!

C. Gagini.

El día de entrada.

¡TODAVÍA recuerda cuando llega el mes de Setiembre, aquellos tristes días de la vida escolar y el inevitable regreso después de las vacaciones. Sufría mucho llevando la vida de falansterio. Carácter retraído, independiente y sério, á pesar de sus pocos años, no se avenía con el tumulto, las expansiones ruidosas y comunicativas, la disciplina, y menos que nada, con el encierro forzoso. Individualista en sus hábitos y creencias, huía de esos obligados rozamientos de la vida en comunidad; su retraimiento no era egoísmo sino la tendencia natural de un espíritu sano, que se reconcentra en sí mismo no hallando en lo que le rodea consuelo ni alegrías. Era, sin embargo, una voluntad dócil á las exigencias de su austera familia. Su bondadosa madre con desesperante anticipación arreglaba el equipaje, limpiaba el uniforme, marcaba toda la ropa interior con el número distintivo: el 34; compraba los libros impregnados del pestífero olor de cola fuerte. Su padre aprovechaba los escasos días que le quedaban de vacaciones para aconsejarle con entonación solemne, haciendo pesar en cada palabra su indiscutible autoridad. Poníase como ejemplo, allá en sus buenos tiempos, cuando estudiaba en el Seminario, encomiaba la rigidez y severidad de aquellas santas comunidades; así salían los muchachos, todos aplicados, obedientes, sumisos. Oh! la obediencia, la sumisión, eso no se aprende nada más que en fuerza de castigo y en la disciplina de los Colegios: es preciso domar los caracteres, las rebeldías de la juventud. No repliques nunca,—le decía,—á tus maestros. Ellos siempre tienen razón. Y el muchacho con sus ojos azorados, distraído, contaba los días que le quedaban de vacaciones y sentía ganas de llorar. El no comprendía todas esas teorías de *picadero*. Las aceptaba, sin embargo, como un dogma, porque su padre las enunciaba.

Cuando éste acababa de pronunciar su homilia, la madre, que no quería ser menos, seguía hablando del temor de Dios, del infierno para los malos, de la obediencia á los sacerdotes, y el niño impaciente recostaba su cabeza cansada en las faldas de su cándida consejera y se quedaba dormido, soñando quizás con esos espectros del dolor humano que prematuramente ajan tantas alegres aspiraciones en la conciencia atormentada del pequeñuelo.

Llegó el día de la entrada. Vuelve á ver aquellos largos corredores, las mismas camas alineadas, todas iguales, como en la sala de un hospital. Las paredes están más limpias y el suelo empolvado por el desuso. Reconoce su cama número 34. ¿Quiénes eran sus vecinos en el dormitorio? El número 33 y 35. Recorre, luego, la sala de estudio, allí está su carpeta vacía, polvorienta y esculpida en la tapa el mismo número de uniforme.

Saluda al Inspector, y no le contesta al saludo.

Está como siempre de mal humor. No ha envejecido, conserva el mismo traje negro, manchado de grasa y de caspa. los mismos zapatos deslustrados; es el hombre desgarrado, largo de piernas con manazas velludas de chimpanzé, cara larga, barba gris de una semana de afeitada, cutis labrado por placas de un color ajabonado, subido, cráneo redondo, frente estrecha, muy luciente por el untuoso cosmético que se corre de dos conchitas de pelo artísticamente emparejadas en la raya del peinado. Este amo, señor y director intelectual de los educandos, fué soldado, aprendió á leer y á escribir; le ascendieron á Sargento, allí aprendió también á castigar á los subordinados. Cumplió, y en una escuela normal le expidieron un título de maestro.

Los muchachos le pusieron por apodo *bacenilla*. Tocan la campanilla llamando á la hora de recreo y qué triste suena! Faltan muchos amigos y compañeros, hay en cambio muchas caras nuevas. Los desconocidos se miran con recelo, los *nuevos* se pasean por los rincones de patio, poco á poco, se forman corrillos, hablan de cosas serias, sin levantar la voz, formulan proyectos para el curso, se comunican sus impresiones, la conversación se anima, uno de ellos, mirando al cielo, como si representara una escena dramática, saca del bolsillo un retrato de mujer, lo besa y se lo enseña á todos los concurrentes diciendo con énfasis melodramático, ¡mirad mi novia! Una carcajada general anima el corrillo. Llega el Inspector *bacenilla*, y con un gesto de polizonte en días de bronca disuelve los grupos.

Y qué largo se hace el día! Es preciso sin embargo, arreglar las carpetas, ordenar los libros, desempaquetar los objetos más necesarios, reina en la sala el mismo movimiento que en una mudanza, unos á otros se enseñan cajitas, objetos de escritorio, baratijas, todo nuevo, flamante, otros muestran la cartera repleta de billetes, son los ricos, los vanidosos. Aquel día no se estudia, es un día de huelga, pero se reza mucho, hay sermón después del rosario. Van á castigar á muchos por dormilones. ¡Cuándo llegará la noche para descansar, dormir, y sobre todo, evocar dulces recuerdos del hogar ausente.

Y todos desfilan, uniformados por parejas, como presidiarios ligados á la cadena, derréngados de sueño y cansancio, como un ganado cansado que llevan al remolcadero.

Atraviesan el dormitorio, comienza el desfile, cada uno gana su lecho y al cuarto de hora reina el lúgubre silencio de la sala de los hospitales y de los presidios, interrumpido tan sólo por los acompasados ronquidos de pechos infantiles, y el tardo paso del vigilante nocturno.

Él no duerme, la almohada está muy dura y

está acostumbrado á reposar su cabeza en las faldas de su madre. Se fija en las vigas del techo y las cuenta una á una, luego se acuerda de su padre, él le recomendaba que fuera sumiso y obediente ¿y para qué?. Si yo siempre lo fui—decía él para sus adentros—yo debo rezar, no quiero ir al infierno ¿y mi madre? Yo quisiera verla. ¿Por qué me separan de ella? Yo no soy malo, no he hecho daño á nadie y estoy aquí encerrado, como un criminal. Y el niño lloraba; pera tan fuerte sus sollozos, que su vecino se despertó y con un gesto de indignación y de desprecio, le dijo: no llores, bobo, mañana nos divertiremos, le vamos á romper la cabeza á *bacenilla*, poniéndole una trampa.

El niño trocó sus lágrimas en risa y se quedó profundamente dormido halagando la idea de romperle la cabeza á *bacenilla*.

¡Qué sabrosa es la venganza en los niños y en los hombres y entoda esta casta maldita de monos pretensiosos!

BENJAMÍN DE CÉSPEDES.

DESEOS.

DO quisiera salvar esa distancia, ese abismo fatal que nos divide, y embriagarme de amor con la fragancia mística y pura que tu sér despide.

Yo quisiera ser uno de los lazos con que decoras tus radiantes sienas! yo quisiera en el cielo de tus brazos beber la gloria que en los labios tienes!

Yo quisiera ser agua y que en mis olas, que en mis olas vinieras á bañarte, para poder, como lo sueño á solas, á un mismo tiempo, por doquier besarte!

Yo quisiera ser lirio, y en tu lecho, allá en la sombra, con ardor cubrirte, temblar con los temblores de tu pecho y morir del placer de comprimirte!

Oh! Yo quisiera mucho más! Quisiera llevarte en mí como la nube al fuego; mas no como la nube en su carrera luego estallar y separarnos luego!

Yo quisiera en mí mismo confundirte, confundirte en mí mismo y entrañarte; yo quisiera en perfume convertirte convertirte en perfume y aspirarte!

Aspirarte en un soplo como esencia, y unir á mis latidos tus latidos y unir á mi existencia tu existencia y unir á mis sentidos tus sentidos!

Aspirarte en un soplo del ambiente, y así verter sobre mi vida en calma, toda la llama de tu cuerpo ardiente y todo el éter del azul de tu alma!

Aspirarte mujer! . . . de tí llenarme, y en ciego y sordo y mudo constituírme, y ciego y sordo y mudo consagrarme al deleite supremo de sentirme y á la dicha suprema de adorarme!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.
(Mexicano.)

RISAS Y LLANTO.

Escenas de la vida en Costa Rica.

(Continúa)

CAPÍTULO VI.

Amor sin esperanza.

D

elfina Rosales á Mlle. Roqueval:

¡Un mes ha pasado desde mi última carta; me parece un año, tantas cosas han pasado sobre mí, ó cerca de mí! París se aleja, ó mejor dicho, yo me alejo de París, de Francia, de Europa. Todas mis impresiones, todo mi mundo se ha limitado á San José. Tenías razón mil veces cuando afirmabas que en la zona tórrida las pasiones son abrazadoras, rápidas y destructoras. ¡Cómo; nace un mes no conocía yo el amor ni tenía idea de otra afección que la filial y la de la amistad, y hoy siento un fuego interior que me devora alguna parte de mí, ó todo mi sér. Esta ciudad que tan triste me parecía, la encuentro ahora llena de vida, y más que todo, llena de *él*. París, ¿que es París sin *él*? Yo no lo he visto á *él* en París, así es que en esa gran ciudad nada me atraé, ni tú misma, porque tú no eres *él*. Sí, mi pobre amiga; hay aquí un hombre, que no se parece á ninguno otro: ya sabes quien es: Julio Espinosa. ¡Qué hermoso nombre! Yo he visto esa figura varonil en algún otro mundo. ¿Será verdad que hemos vivido antes en otros planetas, y que de esa vida nos quedan algunos recuerdos, vagos, oscuros y sin detalles? Me dirás que un mes es muy corto tiempo para hablar de *pasión*. Puede ser: En Sampetersburgo no será extraño que dos personas se contemplen durante diez años, y necesiten otros diez para llenarse la una de la otra. La nieve alcanza allá hasta el corazón. Aquí se vive poco, muérese uno joven, y el sol madura los sentimientos en una semana. Hay que apresurarse á vivir, á gozar y á sufrir, antes que venga la generación siguiente á empujar porque necesita el campo. Creedme Alice, pueda ser que la suerte me prepare muchos dolores; pero hasta hoy, correspondida ó no, estoy contenta con ese suave calor que siento en mi pecho. Ahora vivo un año cada día y mi sensibilidad se ha centuplicado. ¿Te acuerdas como me reprochabas el que no prefiriera algunos de los colores ó matices en las flores, los trajes y las gentes? Pues hoy decididamente soy partidaria del color de paja tierna. Sabes por qué? Porque *él* prefiere y usa el chaleco, la corbata, y aun el traje completo, de ese color. Qué pensará *él* de mí! Pronto lo sabré y te pondré en el secreto. Adiós ó más bien *aurevoir*. Dentro de esta carta van mil besos.—Delfina.

JULIO ESPINOSA Á

Roberto Delgado.

Me pides algunas noticias de esta capital y muchas de mi persona. Allá van ambas cosas. En nada he variado desde la última vez que estuviste conmigo. Sigue mi *ad latere* acompañándome á todas horas. Recuerdo que varias veces me has preguntado, por qué un hombre inteligente como yo (y dispensa la modestia) puede estar la mayor parte del tiempo en compañía de un tonto tan retonto como Andrés Cordón; yo

te he dado varias razones que no te han convencido. Ahora pienso que quedarás contento. Primero: sufro á Andrés por no mortificarlo echándolo á la calle cuando estoy en casa, y la calle es libre y puede y tiene derecho de ir por donde yo voy. Segundo: Andrés es un periódico en carne y hueso, así es que me basta decirle lo que me conviene que alguien sepa, y el mismo día lo sabe. Tercero: este pobre inbécil se mete en todas las casas decentes y me pone al corriente de todo cuanto me interesa en ellas. Finalmente, y fuera de otros motivos, el babieca de Andrés me sirve á veces de *pareja*, ó como dicen los franceses, para darme una *contenance* ó pretexto para reír, enojarme ó dar ciertos pasos inexplicables.

Pero así como no hay sujeto, por malo que sea, que no tenga algo bueno; ni persona por buena y perfecta que se suponga, que no tenga su manchita ó defecto, Andrés, entre tan variada factura de ridiculeces y malos hábitos, tiene una cualidad, una sola, pero que compensa todas sus babieçadas, y es un gran cariño, un profundo respeto y una muda veneración por su madre que es *valetudinaria*. Para ella guarda sus economías y quizás todas sus afecciones. Ya ves, pues, que ese tipo que tanto desprecias tiene algo que lo rescata y lo hace digno de.....no echarlo á la calle. A otra cosa.

De mis penas de corazón, nada puedo comunicarte.

Don Roque me atraé á su casa con la misma insistencia que antes, mas yo no aprovecho su generosidad porque preveo una catástrofe. En efecto, ¿cuál puede ser el resultado de mi amor desesperado por doña Inés? No me queda más recurso que salir del país y alejarme de ella. todo cuanto hago por olvidar á esa mujer tan virtuosa como llena de gracia y seducción, es inútil. ¿Donde quiera que estoy veo su imagen adorada! ¿Cuando pienso que esa mole de manteca es dueño de ella!.....

Hablemos algo de tí. Elena Escoto sigue siendo el consuelo de su pobre familia. Hace algunos días pasaba con algunos amigos por el terreno de don Juan, á tiempo que la interesante niña llegaba á pie con su hermanita y traía la comida á su padre. Este con su pala y machete limpiaba la tierra como lo haría un peón ó trabajador ordinario. ¡Cuando pienso que ese mismo sujeto en otra época se hacía conducir en landó tirado por caballos ingleses, y hoy su hija usa calzado de dos pesos y hace y lleva ella misma la comida á los suyos!.....

La gran fiesta anunciada donde los Rosales, pasó como pasan todas las cosas. Elena Escoto no asistió, aunque fué invitada la familia, porque no tenían los trajes que tales concurrencias exigen. La reina del baile según los periódicos fué la señorita Delfina, que hoy es la Leona de San José.

No se puede negar que es una linda joven y muy elegante y graciosa. Con ella ha venido de Europa un Creso gigantesco que derrama el oro como agua. Las malas lenguas dicen que es pretendiente de Delfina y que á ella no le disgusta esa unión que la hará millonaria. Muy bien, y que Dios los conserve en su santa gracia, aunque hubiera preferido que ella se casara con un hijo del país.....pero en realidad, poco me importa.

¿Sabes que el tal Rackosky (que así se llama el novio de Delfina Rosales) me fastidia y

me ataca los nervios? ¡Pues, no ha tenido el atrevimiento de mirar con demasiada insistencia á doña Inés de Alvarez! ¿Se figurará ese hipopótamo que porque es rico puede ser digno de la atención de ella?

Te aseguro que si trata de emprenderla con la señora de Alvarez, lo moleré á palos ó le cruzaré las costillas á chilillazos.

La miel no se hizo para las lechuzas. Con que hasta la vista, y divertirse.

CAPÍTULO VII.

Explicaciones.

En la anterior correspondencia encuentran nuestros lectores dos personajes que les son desconocidos: Roberto Delgado y Elena Escoto.

Roberto es un amigo de infancia de Julio Espinosa. Elena es la hija mayor de don Juan Escoto, conocido en el incidente cuya heroína fué nuestra simpática Narcisa. Elena, que parecía destinada á la felicidad por la fortuna de su padre, sus gracias físicas y sus dotes intelectuales, comenzó á marchitarse en lo exterior y á declinar en su modo de ser altivo é independiente desde que don Juan suspendió sus pagos. Fresca y lozana, alegre y espiritual cuando era obsequiada y distinguida por los que la rodeaban, su naturaleza delicada y sensible debía doblegarse ante la humillación y sufrimiento de su familia. Irritada su sangre noble y generosa ante una sociedad metalizada y de un realismo exajerado, no aceptó ni se resignó sin lucha dolorosa á la humilde situación que el destino le deparaba. La miseria no la ofendía por las privaciones materiales que son su inmediato resultado, sino por las consecuencias que ella trae á sus víctimas, sujetándolas á despreciables traficantes de la desgracia y de la adversa fortuna. El desencanto de la vida y la falta de fe en las personas y las cosas trae siempre consigo el desequilibrio físico, el mal estar y las enfermedades del cuerpo y del alma.

Elena, el perfecto tipo del sexo bello, débil, indefenso y confiado, tenía plena fe en las prerrogativas de la debilidad, de la belleza y de la virtud. Jamás se le ocurrió que la pobreza la expusiera á otras pretensiones que las de gentes iguales en educación y posición social á la suya.

Roberto Delgado, joven decente, bien educado y muy trabajador, había merecido la atención de Elena, después de mucho tiempo de un cortejo delicado y discreto por parte de aquél. Nada parecía, pues, oponerse á ese tranquilo amor cuyo fin debía ser una unión legítima. Pero, la amistad con Julio Espinosa lo obligó á tratar, aunque con repugnancia, á un joven despreciable y peligroso por su ligera lengua: Andrés Córdón, especie de anfibio con figura de barón, hábitos afeminados y costumbres de gañán. Andrés colocaba su orgullo en que se le viera en compañía con lo mejor de la sociedad, lo cual nada de malo tenía, sino fuera que no pudiendo alternar con los jóvenes que sobresalían por su talento ó por su posición especial, acudía á medios de dudosa moralidad para hacerse notable. Si en una casa respetable oía hacer grandes elogios de una persona, Andrés consudeseo de que lo tengan por íntimo de todo lo que sobresale, pretendía conocer á todo el mundo, para lo cual debía inventar hechos y dichos que no existían.

Así fué como logró malquistar á Delgado con la familia Escoto. Don Juan se complacía

una tarde en detallar las brillantes cualidades de Roberto. Andrés creyó que se engrandecía y levantaba, afirmando que era amigo íntimo de tan excelente sujeto, y para probarlo se le antojó relatar una conversación que había tenido con Delgado, ignorando las relaciones que existían entre él y Elena. ¿Y qué dice Roberto, preguntó don Juan?

Roberto, que todo me lo consulta y confía, me dijo: que si no se casaba con Delfina Rosales, prefería quedarse soltero.

Esta falsedad produjo en la honrada familia el efecto de una centella. Elena quedó anonadada. Don Juan callaba, pero se podía notar en sus ojos el sombrío furor que lo devoraba. La madre bajó la vista y lloró silenciosamente. Sólo Andrés continuaba escarbando la herida con la tranquilidad y desenfado del bruto inconsciente.

Su inteligencia no era bastante á hacerle caer en la cuenta de lo diabólico de su proceder.

Para sellar su tontera supina, concluyó con una estrepitosa carcajada y se despidió con la vulgar frase de: "que se diviertan y buenas noches."

La primera vez que se representó Delgado á la familia, notó una reserva extraña y reticencias incomprensibles; mas, estaba á mil leguas de adivinar el motivo. Pensó que alguno de los frecuentes sinsabores nacidos de las penosas circunstancias que los rodeaba, producía el mal estar de Elena y de sus padres. Se retiró temprano. En la visita siguiente, Elena no salió al salón, pretestando enfermedad. En ese estado estaban las cosas cuando ocurrió la fiesta de los Rosales á que no asistió la familia Escoto. Ya hemos visto á lo que atribuyó Espinosa la ausencia de Elena. Mas la verdadera causa la conoce el lector.

(Continuará.)

SIRIO.

LUNARES DE CARAMELO.

GOLOSINA CELESTIAL.



La mujer que yo idolatro
Tiene un lunar en el cuello

Que, há mucho tiempo, me roba
La tranquilidad, y el sueño.
Sobre la cutis de nieve
Cerca del turgente seno
Que modelar ha podido
Sólo el artista Supremo,
Como es rubio, me parece
Un lunar de caramelo,
Y estoy que diera la vida
Por llevármelo de encuentro.

Saturno, Júpiter, Venus
Con su corte de luceros
Y de planetas que bordan
El manto azul de los cielos,
No brillan con más encantos,
En una noche de Enero,
Que el mono lunar que tiene
Mi idolatrada en el cuello;
Lunar que me da la vida:
Lunar que me quita el sueño,

Que, á pausas me está matando
Y... se queda tan sereno!

¿Siempre entre blondas oculto?...
¡Válgame Dios, qué tormento!
Siendo el imán de mi vida,
Sólo he de verte de lejos!...
¿Imposible? No me importa
Que ese lunar tenga dueño!
Ha de ser mío, algún día,
Y he de comérmelo á besos
O me arranco las entrañas
Y me voy á los infiernos,
Donde no hay rubias que tengan
Lunares de caramelo.

A. DE LA E. DELGADO.

EL ALMA EN PENA.

(LEYENDA DE LAS MONTAÑAS.)

La tarde del día 2 de Noviembre. En este día que el mundo cristiano dedica á los que ya no son, á los seres que se perdieron en la sombra llevándose al partir algo nuestro que no vuelve á nosotros, extraños pensamientos acuden en tropel á la mente, presa de emociones desconocidas; el hombre se reconcentra en sí mismo y acaso por única vez en todo el año pide á su razón el misterio de su existencia. Su razón permanece muda, y entonces interroga á sus creencias que le corresponden señalándole las tumbas, única realidad de la vida.

Entregado á estas reflexiones y en semejante estado de ánimo recorría yo la magnífica falda del Montañón buscando en aquella vegetación rica y lujuriosa que por todas partes me rodeaba, y en aquel cielo que se extendía sobre mi cabeza, una calma que no acababa de encontrar. Lejos del lugar donde duermen algunos de los míos, iba á evocar sus imágenes queridas en aquel monte del que habían hecho un cementerio las pasiones mezquinas de la mezquina humanidad; necrópolis inmensa en que no se esculpe un epitafio, en que ninguna señal designa el sitio en donde el sér amado yace; amplia sepultura en que nadie deja caer una corona, y cuyo suelo no se empapa nunca con el rocío de una lágrima. Cada arbusto, cada tronco de árbol, cada montón de hojás oculta tras sí una fosa y guarda el secreto de muchas existencias. Allí han resonado los postreros ayes de muchos que en cumplimiento de su deber tropezaban con la muerte al ir buscando la victoria: las plantas debían nacer en aquel suelo maldito teñidas en sangre.

Y, sin embargo, todo allí parecía una protesta viva de la naturaleza contra los odios de los hombres. Los rayos del sol caían rápidamente en el horizonte, y poco á poco el crepúsculo pintaba el cielo con vagos tintes de grana y bermellón escribiendo con nubes de colores en la ancha página del firmamento una brillante estrofa de despedida al dios omnipotente de la luz. Las aves trinaban en la espesura, y las ramas de los árboles, bajo el peso de una dulce languidez, se movían perezosamente columpiadas por el halago de las brisas. El mar

besaba las faldas del Montañón con sus olas coronadas de espuma y reflejaba en su seno infinito el otro infinito puesto sobre él por una fuerza poderosa y desconocida. A lo lejos Portugalete y las arenas se envolvían en la bruma, y las campanas de San Juan de Somorrostro y de todas las aldehuelas inmediatas tañían melancólicamente impulsando el alma á la meditación y pidiendo á los vivos una lágrima para los manes de los muertos.

En medio de aquella atmósfera suave y tranquila respiré más libremente que en el pueblo. Abstraído en pensamientos sin forma y sin nombre seguí subiendo por la montaña, mientras el sol bajaba hácia su ocaso, hasta que llegué cerca de la cima, y no sé hasta donde hubiera ido, si la voz de Mariano, dueño del caserío en que yo habitaba y que habíase empeñado en acompañarme en mi excursión, no hubiera venido á detenerme á tiempo que la última claridad del día abandonaba el horizonte y las primeras sombras de la noche comenzaban á rodearnos.

—Apresúrese usted, señor—me dijo. Hoy es el día de los muertos y es muy comprometido que nos sorprenda aquí la noche.

—¿Comprometido?—le interrogué con asombro.—No te entiendo.

—Pues aunque no me entienda usted, huyamos de este sitio, si es que no quiere usted hacer conocimiento con el alma en pena.

—¡El alma en pena!... ¿Pero tú crees esas patrañas, Mariano?

Mariano se puso muy pálido.

—No se burle usted, señor, de esas cosas que nadie entiende. El día no es de burlas, y á fe, á fe que si usted la viera, no tendría tantas ganas de reír.

—Pero ¿quién es esa alma en pena que tanto pavor te infunde á tí, el aguerrido miguelete de hace seis años?

—Es verdad; usted no sabe nada de esto. No importa, va usted á oírme y á comprenderme, pero prométame que después apretará el paso, porque si no, me va á poner en el caso de dejarle solo, y por Dios que no quisiera cometer tamaña cobardía.

La noche cerraba ya, y algunas estrellas se encendían chispeando. El mar agitaba sus olas, que al romperse en las rocas de las orillas parecían exhalar hondos gemidos. El viento suspiraba por entre las ramas de los árboles. Las campanas doblaban á clamor. Bajé la cabeza, y entonces Mariano, volviendo la suya á un lado y otro, cual si su misma voz le diese miedo, me contó lo que va á seguir.

II.

“Empezaba á encenderse la última guerra civil, que ha cubierto de sangre hermana las laderas de nuestros montes y el césped de nuestros campos. Las provincias rebeldes hacían ya sus últimos preparativos para lanzarse á la lucha fratricida, y mientras los cabecillas contaban sus fuerzas y disponían planes de campaña, jóvenes y viejos limpiaban los enmohecidos fusiles, aguardando de un instante á otro la señal del levantamiento. El fanatismo y la codicia reanimaban con su soplo el fuego, mal oculto bajo la ceniza, y la llama se iniciaba ya desplegando poco á poco su lengua amenazadora.

Sucedió lo que siempre sucede en estas pro-

vincias al menor asomo de insurrección: el país en masa sufrió una conmoción espantosa. Los trabajos se paralizaron, las bodas proyectadas se suspendieron. Tornaron los viejos guerrilleros de la guerra anterior á señalar en triunfos imposibles, en restauraciones ilógicas, y la discordia volvió á formar tormentas sobre estos montes llenos de verdura, sobre estas costas llenas de armonías.

Salieron á la superficie todos los odios, todos los rencores que allá en el fondo germinaban, y la insurrección, de largo tiempo preparada, estalló en un instante como la tempestad que durante la noche va formándose en el espacio, y descarga apenas el primer rayo de la aurora alumbrando el horizonte. Como hojas secas arrastradas por el huracán surgieron por doquiera combatientes arrastrados por el odio, corriendo á devastar los campos, á amedrentar las ciudades, á tenderse en el flanco de las montañas, á coronar su cumbre ó á vivir en sus desfiladeros. El signo santo de la redención, dulce emblema de paz y de concordia, se alzó sobre los campamentos rebeldes, y los ángeles ocultaron el rostro entre las manos y se envolvieron en sus alas, en tanto que Dios apartaba sus ojos protectores de la tierra.

Había entonces á media legua escasa de este sitio un pequeño caserío situado en la falda de la montaña como despierto centinela que vigilaba la llanura. Veíanse de lejos sus parces blanqueadas, en que dos pequeñas ventanas colocadas á igual distancia del suelo y á ambos lados de la puerta parecían, á larga distancia, dos ojos entreabiertos en una faz descolorida. Una pequeña columna de humo, signo de vida, salía por cima del tejado dirigiéndose al cielo cual si llevase suspiros y plegarias á las nubes. A su pie corría un arroyo que bajaba serpeando de la montaña y que parecía contarle al paso en el rumor bullicioso de sus tranquilas aguas las leyendas del lindo valle de que formaba parte el caserío.

Una anciana y sus hijos eran los únicos habitantes. Viuda desde hacía muchos años, la anciana había ceñido sus deseos al hijo que al morir le dejó su marido como recuerdo de sus amores; el joven, por su parte, huérfano desde niño, había concentrado en su madre el amor que al autor de sus días hubiera profesado, uniéndole al que naturalmente le inspiraba la dulce guardadora de su niñez, la pobre mujer que había dado jugo de vida á sus labios, ideas á su cerebro y oraciones á su espíritu.

Pero llegó la guerra y todo cambió. La madre era fanática. Abrigaba de Dios la idea mezquina que sacerdotes parciales formaban en sus pláticas, y creíale ofendido por supuestas injurias de los liberales y ansioso de verter sangre que le sirviera de desagradio.

Su hijo, por el contrario, tenía miras más grandes. Criado en el seno de esta vegetación poderosa, en que las flores que se unen, las ramas que se enlazan, los árboles que se aproximan, los pájaros que se buscan, las olas que se mezclan, los sonidos que se confunden, parecen proclamar el amor como ley de la humanidad, él amaba, y lo amaba todo, y creía á los hombres nacidos para reunirse, no para despedazarse en el altar de dos ideas rivales. Cuando su buena fortuna le ponía en condiciones de prestar algún servicio, nunca preguntaba á aquél á

quien fraternalmente favorecía si pensaba de esta ó de la otra manera; le socorría, le llamaba hermano y le dejaba partir sin preocuparse de que fueran sus sentimientos iguales ó distintos á los suyos.

El conflicto, pues, debía estallar; y, con efecto, estalló.

Una noche, después de la cena, el hijo se levantó para abrazar á su madre, como tenía por costumbre antes de retirarse al lecho; pero la anciana cogiéndole la mano.

—Siéntate aquí, hijo mio—le dijo—tengo que hablarte.

Antonio, así se llamaba el joven, obedeció sin murmurar.

Y entonces, la pobre vieja, fanatizada por las acaloradas predicaciones de los partidarios de la causa rebelde, trató de ganar á su hijo para el partido de la resistencia. Dios estaba irritado, el señor cura lo sabía, y tenía buen cuidado de repetirlo en todas partes, las ofensas que se hacían á la religión iban á tener un término. Era preciso vengar á Dios. . . .

—¡Vengar á Dios, madre mía! . . . exclamó Antonio al oír esto.—¡Vengar á Dios! . . .

—Sí, hijo mío, sí; vengarle—continuó la anciana, sin comprender el lenguaje de su hijo. El cielo está abierto de par en par para los que mueran en tan justo empeño. Mañana pasará cerca de aquí el ejército del demonio; todos nuestros amigos, todos nuestros vecinos se están preparando para esperarle y ponérsele enfrente. Yo no quiero que mi hijo permanezca en casa mientras ellos se baten por la religión. Yo no quiero que te condenes; yo no quiero que te tomen por un cobarde.

Y al decir esto lloraba amargamente, inundando de lágrimas la cabeza de su hijo que apretaba combulsa contra su pecho.

Vanas fueron las súplicas de Antonio, inútiles los esfuerzos que hizo para resistirse. La madre llegó á amenazarle con su maldición, y ante esta amenaza terrible el joven bajó la cabeza y asintió á todo". . . .

III.

Mariano hizo una breve pausa, se aproximó mas á mí, y con voz más agitada prosiguió así su relación:

IV.

“Un año próximamente había pasado. María Juana estaba satisfecha. En todo el país hablábase con encomio de la conducta de su hijo, que había llegado á ser en este tiempo uno de los principales cabecillas, temible por la ferocidad que desplegaba en los combates. Contábase de él cosas que horrorizaban.

En este año sólo una vez se habían visto la madre y el hijo. La entrevista fué triste para ambos. María Juana abrazó á Antonio felicitándole por sus triunfos.

—Calle usted, madre,—la dijo él contestando con tibieza á sus caricias.—Porque no me maldijera usted seguí la causa de don Carlos. Era entonces desconocido; hoy mucha gente sabe de memoria mi nombre; tengo honores que entonces no tenía. . . . y sin embargo, madre, entonces era más feliz.

Un año había pasado. Era de noche y en el caserío de María Juana notábase desusada animación. Varias mujeres, amigas de la an-

ciana iban de un lado á otro, cumpliendo diversas órdenes del médico. La dueña del caserío se moría. Ya estaba agonizando y aún aguardaba en vano la llegada de su hijo, avisado oportunamente; pero en aquel mismo día se daba una acción á un par de leguas de allí, y Antonio estaba entre los combatientes. Empezaba á clarear el día cuando María Juana exhaló un gran grito, é inclinando la cabeza expiró, con el nombre de su hijo en los labios.

Desprendida de los lazos que la sujetaban á la materia, voló el alma pecadora y conducida por el ángel de su guarda llegó hasta el trono de su Dios. Por el camino temblaba como tiemblan las hojas en el árbol conmovido por los vientos del otoño. Lejos ya de la tierra, se preguntaba si había hecho bien lanzando á su hijo en la senda de la rebelión contra sus hermanos. El ángel que la guiaba iba muy triste. Dos lágrimas brillaban en sus pálidas mejillas, y su semblante revelaba un gran dolor.

Así llegaron á la presencia del autor de todas las cosas. También él parecía irritado y ofendido. El alma se arrodilló á sus pies sin poder pronunciar una palabra, como si llamase así una mirada del Muy Alto; pero Dios apartó de ella sus ojos.

El coro de bienaventurados que le rodeaba parecía mostrarse ofendido también. Las vírgenes, los mártires, los santos, los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles; todos separaron la vista del alma de María Juana.

Hubo de pronto una conmoción en el cielo. Dios iba á hablar. Los bienaventurados se prostraron de rodillas, el sol veló sus rayos de fuego, las estrellas palidieron.

—¿Por qué has venido aquí?—dijo el Señor al alma arrodillada á sus pies.—Tú tenías un hijo que era un ángel, é impulsada por sentimientos injustos, puesto que el odio les movía, le pusiste en guerra con sus hermanos, y el corazón de mis serafines se ha espantado muchas veces desde entonces ante el torrente de sangre que sus manos han vertido. Has hecho de él un demonio. Era delicia del cielo y hoy es regocijo del infierno. Tú le has cambiado. Por tí se condena. Vete, no eres digna de sentarte en las gradas de mi trono.

Calló Dios, y el coro de bienaventurados tendió hacia El las manos suplicantes. El alma de María Juana estalló en fuertes sollozos. A su lado el ángel custodio, también de rodillas, lloraba con ella. Tanto dolor movió á Dios á piedad. Volvió á mirar el alma culpable, y de nuevo sonó su voz.

—No es tuya toda la culpa—dijo.—Levántate. Si ahora no puedes entrar en el cielo, la penitencia puede abrirte sus puertas algún día. Vuelve á la tierra, á los lugares en que has vivido. Tu hijo morirá también. El día de difuntos, ese día en que los que han sido en el mundo salen de sus tumbas para ver los lugares que habitaron, búscale en la tierra en que ha muerto. Uníos y llorad; llorad mucho, y cuando las lágrimas y las oraciones os purifiquen, podréis venir á mi presencia.

Hizo Dios una señal y el alma de María Juana, ya más tranquila, atravesó por entre las filas de los bienaventurados que con tristeza se apartaban para dar paso al alma penitente. Cuando ésta se vió fuera del cielo giraron las puertas de diamante, y la noche la rodeó por completo. Su ángel custodio la abandonó, y

ella entonces cayó de rodillas, bendiciendo el nombre del Señor.

V.

—Desde entonces, tal día como hoy—prosiguió diciendo Mariano—apenas las sombras nocturnas envuelven la tierra, tiene lugar una escena espantosa en el Montaña. Como evocadas por un conjuro poderoso surgen por donde quiera las almas de los que en este monte han muerto luchando frente á frente por dos ideas distintas. Resucitan con sus cuerpos ensangrentados, sus uniformes llenos de lodo, sus rostros lívidos, sus facciones descompuestas, sus ojos amortiguados y sin brillo. Y se tienden en las faldas de la montaña, trepan á las ramas de los árboles, se yerguen en la boca de los abismos, se arrastran como serpientes por el suelo, se asoman tras los arbustos; y todos á coro prorrumpen en un canto extraño que es una oración inmensa, la oración que nadie les dijo al morir, y al cual mezclan sus ecos el ruido del viento y el estrépito de las olas. En una inmensa tromba de suspiros, de alaridos, de ayes, vienen á unirse á ella las quejas de los niños á quienes dejó huérfanos la guerra, de las mujeres que perdieron á sus esposos, de los padres que vieron morir á sus hijos, y en todos los carceríos inmediatos creen llegada su última hora, cuando la tormenta acompaña con su pavoroso rumor esta oración de los muertos.

Y cuando el vocerío y la confusión son más grandes, una mujer vieja y escuálida, con los blancos cabellos flotando al aire y moviendo la cabeza con inquietud á un lado y otro, aparece allá, en la cumbre, y baja á saltos la montaña como una piedra que cae al abismo rebotando contra otras que á su paso se la oponen. Conforme baja, registra todos los puntos del monte, mira á todos los cadáveres que la acogen con nuevos gritos de terror, y corre, corre siempre, hasta que llega á un punto en que un joven con la cabeza hecha pedazos y el pecho partido, la aguarda al pié de un árbol, al que nadie se atreve á aproximarse. Prorrumpe la vieja en un grito estridente, y yendo hacia él se le abraza, y le estrecha contra su cuerpo enflaquecido, entre sus brazos de hielo, y besa sus heridas, y cierra con amor sus ojos que dejó entreabiertos la muerte. Allí se pasan toda la noche juntos, unidos en un abrazo, de rodillas los dos y murmurando en voz baja oraciones que suben hasta el cielo y se pierden en la oscura inmensidad. Son María Juana y Antonio, que andan errantes por el mundo hasta tanto que Dios dé por terminada su penitencia.”

VI.

Aquí llegaba Mariano cuando un trueno horrible resonó en el espacio. Las nubes anunciaron tempestad. Mi guía se estremeció.

—¡El alma de María Juana!—dijo temblando como un azogado.—No os detengáis, señor, no os detengáis.

Y echó á correr.

Levanté los ojos y allí, en lo alto de la montaña, distinguí como una sombra gigantesca. . . .

Yo también tuve miedo, y me precipité tras él. . . . Detrás de mí empezaba á desencajarse la tempestad.

Y rugía terrible, amenazadora, como si, en efecto, fuese la oración de las almas en pena.

EUGENIO DE OLIVARRIA Y HUARTE.

A Rosalba.

NO me digas que ausencias y congojas han apagado de tu amor la llama; si el árbol pierde su plumaje de hojas, el germen queda en la desnuda rama.

No me digas que temes la borrasca que engendran la pasión y la locura; al insecto que vive en la hojarasca lo arrojan las tormentas á la altura.

Contempla la magnífica batalla del mar airado que rugiendo azota; el cieno queda en la arenosa playa, el iris nace de la espuma rota.

Así es el corazón cuando batalla, luchas terribles, hondas tempestades. . . . Deja el dolor en la desierta playa, iris luzcan tus negras soledades.

Al través de esa tímida apariencia yo conozco, mujer, lo que te inflama; tiene el polo inmortal fosforescencia, la mar herida, refulgente llama.

Naciste como el sol, para algún cielo; no cumplas tu misión indiferente; el lirio que perfuma el arroyuelo, debe caer, á su vez, en el torrente.

Sólo mi lira para tí da incienso, porque tu genio con mi genio igualas; al nido que en la rama está suspenso, sólo han llegado los que tienen alas.

Sus cantos te darán los trovadores; la noche misma te dará centellas; si al suelo hieres te dará sus flores, si al cielo miras brotarán estrellas!

1890.

JULIO N. GALOFRE.

Carlos Castro

Se ha hundido en la región de lo ignorado otra vida de aquellas que se alimentan con los frutos que producen el estudio constante y el trabajo honrado. Sí, se ha apagado la luz de la existencia de nuestro inolvidable amigo Carlos Castro sin que hayamos podido mirar por última vez aquel semblante cuyas facciones revelaban bondad é inteligencia, y sin que hayamos logrado siquiera disputarnos el honor de conducir sus restos á su última morada. Descansa en paz, querido amigo, mientras nosotros seguiremos luchando contra el destino que nos ha negado el derecho de darramar nuestras lágrimas, hijas de un dolor profundo, sobre el lugar que guarda tus últimos despojos. Pero esto nada importa, porque el Todo Poderoso, que lee en la conciencia de todos los mortales y que no pide manifestaciones exteriores para conocer nuestros sentimientos, te dirá cuánto sufren con tu ausencia eterna aquellos seres que te profesaban cariño y estimación en este mundo.

Reciba su apreciable familia nuestra más sincera manifestación de condolencia.

AVISOS.

EDUARDO E. FOURNIER.

Se hace cargo de la Agencia de toda clase de Periódicos, Libros, Folletos, &c., &c.

OFICINA:

En la Administración de "Costa Rica Ilustrada."

San José, 10 de Julio de 1890.

PRIMOROSOS puños para bastones y los mejores relojes de oro enchapado para señoras y caballeros, acaban de llegar y se venden baratos en la tienda de

CARDONA & H^o

Antiguo local de J. R. R. Troyo & C^o

FOTOGRAFIA INSTANTANEA

DE

FRANCISCO VALIENTE T.

Esta es una Galería Artística en donde se cuenta con muchas decoraciones para hacer retratos de diferentes estilos y variadas posiciones. Se trabajan

MINIATURAS. TARJETAS DE VISITA.

IMPERIAL.

Victoria. Victoria Imperial.

RETRATOS DE 11×14.

Retratos al crayón pastel, (como se quieran.) Al óleo.

Para iluminar fotografías se han recibido colores y útiles á propósito, pudiendo aplicar sobre las joyas, &, oro ó plata.

LAS FOTOGRAFIAS PUEDEN ESMALTARSE SEGUN EL ESTILO FRANCES.

* (GLACÉ) || PRECIOSO PROCEDIMIENTO !!

Se puede trabajar sobre papel violeta, rosado, azul-verde, etc., etc., así como también se les ponen al rededor de la imagen adornos artísticos, dibujos bien combinados, etc., cuando así lo piden.

En cuanto á los tamaños dichos, se ha introducido uno nuevo: "Retratos Boudoir," que es un tamaño muy aparente para retratos de cuerpo entero.

En cuanto al trabajo, se puede asegurar que son tan finos los retratos y tan bien retocados, como los que se trabajan en los EE. UU. del Norte y Europa.

Encárguese una obra, como se quiera, y se verá si es cierto cuanto indica este anuncio.

Francisco Valiente T.

JENARO CASTRO MENDEZ, CORREDOR JURADO Y COMISIONISTA.

Tiene el honor de ofrecer sus servicios al público en general y en particular á todas aquellas personas que han honrado con su confianza la firma

ECHEVERRIA Y CASTRO.

Calle Central, N., frente á la Dirección de Obras Públicas.

Correo 103.—Cable, Méndez.